

I

Cierto día de agosto, un hombre desapareció. Aprovechando sus vacaciones, había ido a una playa, que estaba a medio día de viaje en tren, y no se volvió a saber de él. La búsqueda que emprendió la policía y los avisos en los diarios no dieron ningún resultado.

Por supuesto, los casos de desaparición de personas no resultan realmente fuera de lo común. Las estadísticas registran muchos cientos de avisos de desaparición al año. Además, la proporción de individuos encontrados es sorprendentemente pequeña. Los asesinatos y accidentes invariablemente proveen ciertas evidencias claras, y aun en casos de secuestros, los motivos, al menos para las personas emparentadas con el ausente, son de algún modo explicables. Pero cuando una desaparición no encaja en ninguno de estos dos casos, es difícilísimo encontrar algún indicio. Si muchas ausencias pueden ser consideradas como huidas, en su mayor parte parecen coincidir con el sentido de la palabra desaparición.

El caso de este hombre tampoco era una excepción en cuanto a falta de evidencias. Aunque se tenía una idea aproximada del lugar del suceso, en esa área no se sabía del hallazgo de un cadáver que se le pareciera, y tampoco era concebible que por la naturaleza de su trabajo estuviese envuelto en algún secreto que pudiera ser motivo de un rapto. Por otra parte, no parecía existir la menor indicación –a juzgar por su conducta habitual– que sugiriera la intención de fugarse.

Como es natural, al principio todos pensaron que tal vez estaba implicado en una secreta relación amorosa. Pero cuando la mujer informó de que el objeto de su viaje era coleccionar especímenes de insectos, tanto los investigadores policiales como los colegas de trabajo de aquel hombre se sintieron vagamente decepcionados. Ciertamente, un frasco de insectos y una red resultaban medios irrisorios para disimular una fuga con su amante. Además, el empleado de la estación S. recordaba que allí había descendido un hombre con aspecto de alpinista, con su cantimplora y una caja de madera similar a la que usan los pintores, y atestiguó que estaba solo, sin acompañante, lo que echó por tierra la teoría de que había de por medio una mujer.

Surgió también la hipótesis de que el hombre, hastiado de la vida, se había suicidado. Uno de sus compañeros, aficionado al psicoanálisis, era el que sostenía este punto de vista, pues encontraba que el mismo hecho de que un hombre ya maduro se obsesionara en un pasatiempo inútil, como el de coleccionar insectos, era signo evidente de una desviación mental. Aun en el caso de los niños, una inclinación excesiva por coleccionar insectos sería una transferencia del complejo de Edipo, pues, para compensar sus deseos insatisfechos, el niño disfruta pinchando una y otra vez los insectos ya muertos. Y el hecho de que no abandone esa afición aun después de convertirse en adulto es un indicio patente de que su condición mental ha empeorado. No es de ningún modo casual que los entomólogos resulten con frecuencia individuos muy posesivos o reclusos, o cleptómanos, u homosexuales. De ahí al suicidio, por el deseo de abandonar el mundo, no media más que un paso. Incluso algunos son atraídos no por el hecho de coleccionar insectos, sino por el cianuro de potasio de los frascos que los contienen, y, aunque se esfuercen en ello, son incapaces de superar esa tentación... Por cierto, el hecho de que este hombre no hubiera confiado a nadie su interés probaría que reconocía un cierto carácter clandestino en su afición.

No obstante, tan elaboradas suposiciones resultaban inútiles al no haberse encontrado ningún cadáver que correspondiera a las señas de aquel hombre.

Así, desconocida la verdadera causa de la desaparición, pasaron siete años, y, de acuerdo con el artículo 30 del Código Civil, el hombre fue definitivamente dado por muerto.